

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

49-50

ENERO-JUNIO

1953

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
Risieri Frondizi	<i>La teoría del hombre de Francisco Romero</i> 9
Manuel Olgúin	<i>El fenomenalismo de Alfred J. Ayer</i> 23
Juan A. Ayala	<i>Jorge Santayana.—Vida y tragedia</i> 37
Andrés Ávelino Jr.	<i>Fundamento metafísico de la estética platónica</i> 49
Francisco Larroyo	<i>El valor lógico de los métodos estadísticos</i> 63
Oswaldo Robles	<i>Objeto y tarea de la psicología clínica</i> 73
Marguerite Edmondson de Shoperena	<i>La prueba de Bender como exploradora de la función integrativa y su aportación a la psicología normal y patológica</i> 81
Rogelio Díaz Guerrero	<i>Ensayos de psicología dinámica y científica</i> 97
Manuel Pedro González	<i>Apogeo y rebalse de la novela en América</i> 151
Frank B. Savage	<i>Dominique de Pradt.—Una visión idealista de la independencia de América</i> 171
René Marchand	<i>Ensayo de interpretación del simbolismo</i> 199
Xavier Icaza	<i>Deslumbramiento en la pintura</i> 209

	Págs.
Francisco Monterde	<i>Dos aspectos en la lírica de Salvador Díaz Mirón</i> 241
César Rodríguez Chicharro	<i>El hombre de la situación. (Notas para una interpretación de un libro olvidado.)</i> 253
Gregorio López L.	<i>Miserere, ironía eterna</i> 263

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan Hernández Luna	<i>El Laberinto de la Soledad. (Octavio Paz.)</i> 271
Adolfo García Díaz	<i>La filosofía científica. (Hans Reichenbach.)</i> 291
Abelardo Villegas	<i>La filosofía desde el punto de vista de la existencia. (Carlos Jaspers.)</i> 298
Gregorio López L.	<i>Filosofía natural. (Eduardo May.)</i> 302
Wonfilio Trejo R.	<i>Introducción a la ontología. (Louis Lavelle.)</i> 304
Wonfilio Trejo R.	<i>La cultura egipcia. (John A. Wilson.)</i> 311
Xavier Tavera Alfaro	<i>El guadalupanismo mexicano. (Francisco de la Maza.)</i> 315
Xavier Tavera Alfaro	<i>Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria. (Daniel Cosío Villegas.)</i> 317
José Almoína	<i>América como conciencia. (Leopoldo Zea.)</i> 319
José Almoína	<i>Martí en Santo Domingo. (Emilio Rodríguez Demorizi.)</i> 325
Ismael Diego Pérez	<i>Un niño en la Revolución mexicana. (Andrés Iduarte.)</i> 329
Clara Kenigsberg	<i>Los pies descalzos. (Luis Enrique Erto.)</i> 332
J. H. Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 337

JORGE SANTAYANA

Vida y Tragedia

“Podía figurarme que estoy yo solo aquí y el mundo es cual mi sueño; La pasión de la escena me pertenece a mí y sólo empieza a ser aquello que parece”.

J. S.

I

El 27 de septiembre de este año se cumplió el primer aniversario de la muerte de Jorge Santayana. En Roma, mirtos talares y peristilos, donde todas las filosofías y todas las religiones se han ido estratificando lentamente, vivió, pensó y murió este profesor —que nunca quiso serlo—, alma helena, desterrada a más de veinte siglos de distancia de su verdadero ambiente temperamental e intelectual. Todos los caminos, dice el refrán, llevan a Roma, a una Roma que para la mayoría de los romeros suele ser asiento de renunciaciones, pero que para Santayana fué de plena y consciente afirmación en todo aquello que concibió y que sintió. Roma no fué para este filósofo, español por nacimiento y americano por educación, el leve atardecer de un hombre sencillamente maravilloso. Maravilloso porque toda experiencia vital fué revestida, en él, de reflexión filosófica. Y no es poca maravilla que todavía haya filósofos en el mundo; que haya hombres que se sustraigan por propio impulso y necesidad interior a las urgencias del tiempo y de la vida, en su sentido más material, para hacer un alto en el camino y revisar los principios fundamentales de los seres y de la vida misma... Por eso hemos llamado a Santayana hombre y filósofo maravilloso. Y mucho más en esta

fecha. Pues la vida de Santayana ha sido una tragedia: tragedia interior, agónica, liminar, y tragedia exterior, de circunstancias y de incompreensiones. La tragedia mayor de Santayana ha sido ese diluvio de tinta que se ha vertido a partir de la fecha de su muerte; el mundo intelectual le olvidó piadosa o desdeñosamente, mientras vivía encerrado entre las cuatro paredes encaladas de su celda romana. Se le citaba, por convencionalismo, en las historias de la literatura, en el encasillamiento de los llamados "poetas metafísicos"; se le desconocía, mientras tanto, en toda la grandeza de su arquitectura filosófica. Pero, una vez muerto, ha dado su persona mucho que hacer a las prensas, a los elogiadores fúnebres de última hora, a los creadores de un "santayanismo" de ocasión y comercial que ya no podía comprometer. Ha sido triste el espectáculo que nos han dado las revistas españolas, en su necio afán, por reclamar la personería española de Santayana, por el simplicísimo hecho de que éste muriera con un pasaporte español en el bolsillo. Se ha hablado y se ha perorado sobre la raíz española de su filosofía, de su senequismo, de su catolicismo, queriendo salvar lo insalvable, y al mismo tiempo se han manoseado una serie de tópicos, que la mayor parte de las veces, suelen ser encubridores de ignorancia. Ni siquiera ha sido respetado ese "piadoso olvido de una sombra", que tantas veces reclamó para sí. Y, por su parte, Norteamérica, también ha peleado, inútilmente, sobre su cadáver, cuando fué él quien hace muchos años abandonó el territorio norteamericano, por fidelidad a una exigencia interior.

¿Cuál puede ser la explicación de este despojo inútil y lleno de vanidad? ¿Es que, acaso, se puede nacionalizar alguna filosofía por la mera disculpa de un patrioterismo sin ningún significado? Si no puede ocurrir esto con ninguna filosofía, mucho menos con la de Santayana que siempre se desenvolvió en el campo de la convicción puramente interior y que no tendió la mano a ningún sistema ni a ninguna política. Tragedia esta, que empieza con su vida y que, por desgracia no acaba con su muerte. Pegada a él como la sombra, le sigue hasta la sepultura, hasta el mismo recuerdo. Los unos para condenarle, los otros para elogiarle y adjudicársele. Superando intenciones demasiado pragmatistas vamos a recorrer una vez más la trayectoria de Santayana, trayectoria que nos es familiar desde hace mucho tiempo y que en esta hora de intereses creados nos justifica precisamente de todo aquello que combatimos.

II

¿Cuál es el punto de partida de esta tragedia en la vida de Jorge Santayana? Nada mejor que escucharle a él mismo:

“¿Cómo un niño nacido en España, de padres españoles llegó a ser educado en Boston y a escribir en inglés? El caso de mi familia fué bastante inusitado. Nosotros no fuimos emigrantes, y ninguno de nosotros cambió nunca de patria, de clase ni de religión. Pero circunstancias especiales nos habían dado puntos hereditarios de adherencia en regiones opuestas, moral y geográficamente. Y ahora que estamos casi extinguidos —me refiero a los que teníamos aquella composición mixta—, puedo decir que, sin duda, dimos pruebas de una singular firmeza en nuestras complejas fidelidades, combinándolas todo lo bien que la lógica permitía, sin renegar en lo más íntimo de nada”.

Para un lector avisado, en esta confesión está la clave misteriosa del carácter y de la situación emocional de Santayana. Es uno de esos raros fenómenos de hombres fronterizos, que sienten la exigencia, familiar o sentimental, de conservar una religión, unas costumbres y una moral heredadas y mantenidas a fuerza de insospechadas renunciaciones, pero, por otra parte, sienten la inconformidad de su entendimiento y de sus propias convicciones. Sin llevar en la sangre lo que podríamos llamar, con perdón de los psicoanalistas, el complejo de Ulises, Santayana intenta su experiencia vital en diferentes latitudes, hasta que por fin la fuerza de la sangre le obliga a echar raíces en un punto determinado; eso sí, para ser fiel cumplidor de su esencia de hombre terrestre, de “ciudadano” —el hombre perfecto en la concepción antigua de la sociedad— sus raíces ahondan en el subsuelo de la ciudad de las ciudades: Roma. Liminar en sus sentimientos religiosos, hasta el extremo de vivir en continua indecisión ante el problemático catolicismo heredado de una antigua familia española; apegado sentimentalmente al esplendor estético de una religión que ideológicamente no le impresiona, exclama:

“Creo en ella, aunque sé que miente”

Como ha afirmado Will Durant: “Santayana es por constitución y herencia incapaz de profesar simpatía hacia el protestantismo; prefiere el

color y el incienso de su fe juvenil. Desprecia al protestantismo por haber abandonado las bellas leyendas medievales, y, especialmente, por negar a la Virgen María, a la cual considera junto con Heine 'la más bella flor de la poesía'."... Y, sin embargo, el muro dogmático no le deja ir más allá de lo puramente empírico y sensorial. Más adelante tendremos ocasión de insistir sobre este tema, tan tentador, en toda la obra de Santayana.

III

Podemos establecer una relación creciente con respecto a esta vida trágica y problemática que agitó los días de Santayana. De menos a más: tragedia social, filosófica y religiosa. Correlación temporal: juventud y primeras impresiones religiosas (Madrid y Boston); profesorado (Estados Unidos) y retiro de Roma. Sin embargo, téngase en cuenta que no puede hacerse dentro del pensamiento de Santayana, como en el de ningún filósofo, una separación total de zonas o etapas, sin interferencia de unas en otras. Necesitamos del esquematismo y de la clasificación para poder elaborar análisis y sacar conclusiones.

El triste destino de Santayana ha sido su ecuanimidad para exponer y criticar los sistemas filosóficos distintos de los que él expone y defiende. No dió nunca a su filosofía ese espíritu combativo y exclusivista que podemos apreciar en los demás grupos doctrinarios.

"He aquí —nos dice en la introducción a su obra *Scepticism and Animal Faith*— otro sistema más de filosofía. Si el lector siente la tentación de sonreír, puedo asegurarle que sonreiré con él . . . solamente trato de expresar al lector los principios a que recurre cuando sonríe . . ."

Esta lucha por expresar sus íntimos convencimientos y sus preferencias, sentimentales o intelectuales, le urge desde los comienzos de su carrera universitaria. El problema epistemológico tan en moda desde Descartes y tan artificiosamente urdido después de Kant y de Hegel, es algo que le repugna profundamente: discutir la capacidad y el campo de acción del entendimiento humano no tiene para él ningún sentido, es más, sólo el valor de una trampa o de un laberinto bizantino, en el que

los conceptos tradicionales, admitidos sin ninguna clase de crítica, coartan el poder de captación de la realidad de que está dotado el entendimiento. La percepción del mundo a través del concepto sólo tiene un valor en cuanto la cosa es percibida en su estado actual: ¿qué es lo que hay detrás de todo este mundo sensible, cambiante y eternamente móvil?... La memoria nos traiciona, por su distancia, y el concepto no nos da esencias, sino representaciones mediatas de esencias. Por tanto, la vida y las cosas que se hacen con y en la vida, captadas en el preciso instante de su manifestación, tienen el valor de los conceptos más puros y primarios.

“Me daría vergüenza —dice en la obra antes citada— sostener opiniones que, cuando no se discuten con los demás, no las creo. Me parecería deshonesto y cobarde militar bajo otros colores que aquellos en los cuales vivo... *He tomado francamente a la naturaleza de la mano aceptando como una regla, en mis más profundas especulaciones, la fe animal que vivo día a día*”.

No debemos perder de vista al Santayana liminar y fronterizo. Porque en este punto —tierra de nadie— es donde está el verdadero escenario, y mucho más que el escenario, la esencia y el argumento de su tragedia. Indiscutiblemente, para Santayana, el idealismo es cierto, en cuanto proyección vivificadora de nuestro interior sobre las percepciones (que constituyen por otra parte los cimientos de su fe animal); pero es inaplicable, por basarse en un juego inútil de conceptos y de formas preconcebidas. La única realidad es la experiencia sensorial y actual, y el reino de las esencias, abstracciones nómadas que en su filosofía no tienen ningún significado, lo constituyen los colores, las formas, los sabores, los olores y todas las impresiones alrededor de las cuales forjamos nuestras ficciones abstractas. No puede reconocer nada de lo que esté fuera de la experiencia cotidiana y, sin embargo, siente que detrás de esta gran ficción, que en la recámara de las repercusiones internas, hay algo que no puede explicarse, algo que jamás será entendido. No afirma ni niega nada. No va más allá de lo que experimenta. Llega después de innumerables tanteos a la conclusión:

“Sin duda, el espíritu y la energía del mundo es lo que actúa en nosotros, así como es el mar lo que se mueve en cada ola,

pero pasa a través de nosotros, y seguirá moviéndose, por mucho que protestemos. *Nuestro privilegio es haberlo visto moverse*".

El "santayano" póstumo con que se ha querido honrar y vitorear a Santayana, se apoya de una manera decidida en el pesimismo y en el desencanto de todo lo humano. Pero no siempre la decisión es verdadera y precisa. No se ha penetrado lo suficiente en la corriente de desolación que sacude cada una de las páginas de Santayana. Contempló desde una cumbre, que han escalado muy pocos, el desarrollo de la razón. El mundo filosófico griego ha sido visto a través de reconstrucciones arqueológicas, en las que el pensamiento se encuentra fosilizado en rígidas vitrinas de esquemas. Muy pocas veces, casi nunca, la mentalidad moderna se ha hecho griega, pagana y realista, para zambullirse en el foco de luz de una filosofía hecha con la espléndida visión de la naturaleza recién hecha y contemplada con un órgano sensitivo entero y sano. Santayana ha sido uno de estos privilegiados. Privilegiado en su temperamento sano y en su razón desprovista de prejuicios y normas. El choque intelectual más impresionante de toda su obra lo tuvo en el descubrimiento realista del mundo griego. Oigámosle:

"¿Había sido alguna vez en el mundo cultivada la vida de la razón por gentes de *imaginación sana*? Sí, una vez, por los griegos. De los griegos, sin embargo, yo sabía muy poco; los sectores filosóficos y políticos de Harvard no habían descubierto aún a Platón ni a Aristóteles. Fué una gran alegría para mí el oír en Berlín a Paulsen explicar la ética griega con una dulce *racionalidad* verdaderamente digna del tema. ¡He ahí al fin una vindicación del orden y la belleza en las instituciones de los hombres y en sus ideas! ... No tengo conciencia de que sobreviniera en mí, ni entonces ni antes, ningún cambio de ideas, pero no cabe duda que aquel estudio y el cambio de ambiente enriquecieron considerablemente mi espíritu, y la composición de *La vida de la razón* fué el resultado ..."

Esta contemplación desapasionada y cariñosa del mundo griego, de la prodigiosa y serena razón griega y de su sano realismo, al despertar en Santayana las íntimas vivencias de un ambiente al cual pertenecía por temperamento, creó en él el desajuste emocional con el mundo y

la educación que había recibido en sus años de juventud. Conquistó, de una vez para siempre, el sentido y el goce de lo inmediato: "del hecho instantáneo, inefable, inadulterado por la experiencia". Y por esta causa, todo el peso muerto de la herencia idealista y aun pragmatista que había absorbido en las aulas norteamericanas, es un fardo del que trata inútilmente de desprenderse. Esta es, en una palabra, la causa de su conversión en "estudiante vagabundo", despreocupado, hasta terminar encerrándose en un claustro romano, donde la luz y el sentido de lo inmediato, el mundo cotidiano con todas sus maravillas, la constante percepción de lo sensible, no puede sufrir alteraciones. Santayana, espiritual al modo heraclítico (aunque esto parezca un contrasentido), llega a deducir la materialidad inmanente de toda manifestación espiritual:

"La materia real, en él (mundo) y fuera de él, seguirá mientras tanto constituyendo un motivo de goce a su antiguo modo, o adoptando nuevas modalidades, y creando incidentalmente sucesivas nociones de ella en el cerebro humano"...

Por esto no hay contrasentido mayor que hablar de un pesimismo solipsista en la filosofía de Jorge Santayana. La tragedia en él reside en tener que luchar con ese gran fantasma que se llama criteriología o metafísica, y no poder gozar ampliamente, con un sentido heleno, de las manifestaciones más refinadas de la materia. Will Durant, que se ha dejado llevar por el tópico del Santayana "senequista", ha llegado, sin embargo, a intuir su posición realística, natural y alegre, posición que sólo puede tener un sentido verdadero en su alma desterrada de su centro de gravedad espiritual. Dice este autor, comentando la filosofía de Santayana:

"... y aunque tal vez no nos gusta su llave menor, su bajo tono de dulce pesadumbre por un mundo que se desvanece, vemos en él la expresión final de esta agonizante y naciente edad, en la cual los hombres no pueden ser al mismo tiempo sabios y libres, porque han abandonado sus viejas ideas y no han encontrado todavía las nuevas que los llevarán muy cerca de la perfección".

Y Ricardo Paseyro, una de las pocas voces hispanoamericanas que levantaron su voz a tiempo y que se preocuparon de Santayana, viviendo todavía éste, resume en pocas palabras su tragedia intelectual:

“Santayana vivió hondamente en el mundo; fué un ser solitario y abstraído, no un ser abstracto trocado en estatua de piedra por la mano descarnadora de la razón pura. . . . En la plenitud de su vida, culminándola, el espíritu de Santayana, libre en su cuerpo, vivía en lo eterno, porque había pensado y pesado, antes, lo deleznable y lo perdurable del mundo . . .”

IV

La creciente preocupación intelectual de Santayana por los problemas sociológicos, morales y estéticos, culmina en su obra *“Reason in Religion”*, donde además de poder seguir paso a paso la formación de su concepción religiosa del mundo, tenemos la oportunidad de asistir al desarrollo de una inquietud interior, que se transforma en lamento y en desencanto. Aquí es, precisamente, donde se puede hablar del filósofo desilusionado y pesimista. Del hombre que no tiene salida posible, para un problema, que en mayor o menor grado, se nos ha planteado a todos. Está todavía por estudiarse (notemos una vez más, en el curso de este comentario, que la filosofía de Santayana todavía lleva el rótulo de “mare tenebrosum”, sea por prejuicios o por incapacidad de penetrar en ella) de una manera comparativa y equilibrada, el desarrollo de la preocupación religiosa de los filósofos modernos no existencialistas, aunque ha habido ya algún humorista que ha encasillado a Santayana en el cuadro general del existencialismo.

Superada la concepción religiosa del modernismo y de los tradicionalistas, Santayana no tiene ningún reparo en exponer una religión y un problema dogmático-intelectual de tipo puramente personalista. Desde sus primeras impresiones religiosas hasta la total depuración del problema, tenemos una carta de marear, que nos proporciona abundante material para trazar un esquema de su verdadera tragedia espiritual. Presenta ésta dos aspectos fundamentales: el sentimental y el racional. Más arriba señalamos de pasada la simpatía que Santayana sintió hacia el catolicismo, religión oficial de familia. Siempre se mantuvo apegado, por móviles más bien estéticos, a los principios católicos. A pesar de haber recibido una educación católica —“oraciones de corrido y catecismo, como era entonces inevitable en España”— jamás tuvo una fe inconstante en

ningún dogma y nunca fué lo que se llama un católico practicante. Vaciló entre sus sentimientos y su convencimiento. Que había algo detrás de toda la ficción de las cosas, algo que estaba sobre todas ellas y sobre él mismo, era algo que tuvo que admitir, sin embargo, nunca pudo llegar al íntimo convencimiento de que esos dogmas y esas supuestas verdades se apoyaran en algo real. Llega a la conclusión desoladora de que

“... la misma alternancia veía entre el catolicismo y la completa desilusión: pero jamás me dió miedo la desilusión completa, y no vacilé en elegirla”.

Nacidos en la misma generación, Unamuno y Santayana, sufrieron la misma angustia religiosa aunque desde distintos puntos de vista. Las raíces temperamentales de cada uno los llevaron a enfrentarse con el problema religioso, personal y social, con mentalidades modernista la una, y clásico-pagana, la otra, dispares, que sin darse cuenta les llevaron a un punto de contemplación diverso: en Unamuno como llama inquieta; en Santayana, como fuego remansado y lánguido. “El Dios de Unamuno —afirma Ferrater Mora— es esencialmente hereje, no sólo frente a toda ortodoxia religiosa, sino también frente y contra toda religión filosófica.” Para Santayana, Dios mismo es ya una ficción, es un ser concebido dentro de los términos de la más estricta contradicción y, por tanto, no le preocupa, no le interesa, acaba por dejarlo de lado y vivir sencillamente la vida de la “fe animal”.

“La Religión es una experiencia humana interpretada por la humana imaginación. ... La idea de que la religión contiene una representación literal y no simbólica de la verdad y de la vida es sencillamente absurda. Cualquiera que la sostenga no ha profundizado o filosofado en la materia ... Los asuntos de religión jamás deben ser objeto de controversia. ... Mejor debemos procurar honrar la piedad y comprender la poesía corporizada en estas fábulas ...”

La tragedia de estos dos filósofos ante la idea de la religión no está centrada exclusivamente en la idea y en la realización del concepto de Dios. Sí el mismo concepto de Dios es trágico, como lo es toda ficción del humano imaginar, no lo es menos la idea del hombre como micro-dios, como ser atribuible de las mismas propiedades del Ser supremo. En Unamuno se plantea el mismo problema que en Santayana: fe y razón. En la lucha de la fe y la razón no nos queda más remedio

que abrazarnos con la fe; es decir, que en la filosofía de Unamuno nos hacemos inmortales sólo por la fuerza de nuestra imaginación. "Por eso —según Ferrater Mora— en el hambre de sobrevivir que atraviesa de punta a punta la vida y la obra de Unamuno hay que ver, más que en ninguna otra cosa, el sentido de esta vida y de esta obra. La doctrina de la vida eterna, si puede llamarse una doctrina, es la fe que triunfa después de haber sufrido y militado. Es el único triunfo auténtico que obtiene el corazón sobre la rebelión y la represalia de la inteligencia." Es este el sentido y la proyección de toda la filosofía de Unamuno, que puede resumirse en pocas palabras: lo absurdo de la razón y del proceso lógico del juicio racional. Es el lamento que se le escapa en *La vida de Don Quijote y Sancho*: "La fe nos hace mártires, son los mártires los que hacen la fe" . . . Si alguna vez buscó en la razón y en la experiencia argumentos y hechos que sustentaran su fe, la búsqueda fué, al final, infructuosa.

El pensamiento de Santayana sobre la inmortalidad se polariza, al fin de cuentas, en un sentido inverso. La búsqueda comienza por el sentimiento y la intuición para acabar por echarse en brazos del intelectualismo más desolador. El no tiene fe en otra vida.

"El hecho de haber nacido es un mal augurio respecto a la inmortalidad".

Y como apunta Will Durant, la única inmortalidad que pudiera interesarle sería la de Spinoza, como reabsorción impersonal en la sustancia del ser absoluto. Solamente existe una inmortalidad: la del recuerdo y la de la identificación con el fenómeno colectivo. Después de todo la desesperanza y la desolación. Este es el sentido de toda su vida, vista desde el recodo religioso: inmortalizarse en sus obras, en su existencia escéptica para dejar por lo menos el recuerdo de su moderación.

v

No queremos alargar este comentario adentrándonos en la tragedia que llamamos poética de Jorge Santayana. Sólo ahora se habla de su poesía: viviendo él no se le consideró como tal, o al menos se tuvo de su poesía un concepto que no coincidía con el de las escuelas y el de los

JORGE SANTAYANA. VIDA Y TRAGEDIA

catalogadores de poesía. Se defendió y no fué escuchado. Menos mal que no ha sido testigo de las coronas de falsos elogios que se han tejido a deshora, cuando llegó la hora del elogio que ya no compromete.

*

* *

Al resumir, en pocas palabras, la vida y la tragedia de Santayana, podemos sacar una lección como pocas nos han sido dadas en estos últimos tiempos. Santayana no exhibió su desilusión por las ficciones de este mundo ante la vista pública. No tendió la mano a nadie ni admitió las que se le tendían. Sencillamente se retiró y, de vez en cuando, su sombra —sombra recoleta de ermitaño— se alargó hasta nosotros como la voz de otros tiempos. Y no la comprendimos.

JUAN A. AYALA